

EL SALAMANQUINO

PERIÓDICO DE CIENCIAS Y LITERATURA.



Este periódico, al cual se suscribe en Salamanca á 4 rs. al mes en las librerías de *D. Juan José Moran y D. Domingo Blanc*, y 5 rs. fuera franco de porte en las principales del reino, se publicará una vez cada semana.

LITERATURA.

Verdad de los pensamientos.

Para comprender bien el fin á que se dirige este artículo es indispensable que digamos lo que entendemos por pensamiento. Damos á esta palabra la misma significacion que á la voz *juicio*, y sabido es que un juicio consiste en la afirmacion de que una idea se halla contenida en otra. El pensamiento será verdadero cuando la primera idea contenga efectivamente á la segunda.

Hecha esta advertencia, vamos á examinar la cuestion siguiente: ¿deben ser verdaderos todos los pensamientos poéticos? Fácil fuera la resolucion de esta cuestion si no reconociesemos mas verdad que la absoluta, la que se halla en el mundo real, la que salta á los ojos en el magnífico espectáculo que nos cerca. Sin vacilar diriamos: desde el instante en que se aprisione la poesía dentro de ese círculo, ya no hay poesía. La poesía es el lenguaje de la imaginacion y de las pasiones: la imaginacion se alimenta de sueños, y las pasiones no ven el mundo sino al través de un paño oscuro y tupido. La imaginacion crea nuevos seres que ni tienen vida ni pueden tenerla, salva los tiempos y las distancias, da inmortalidad á perecederas existencias, y penetrando con sus alas de águila en ideales regiones, se olvida de la tierra y del hombre, y recorre con rapidísimo vuelo países escondidos á la mayoría del género humano. Querer que todos los pensamientos poéticos tengan verdad absoluta es lo mismo que condenar la poesía como absurda, la poesía que es expresion de la ciencia de los pueblos infantiles, trompa sonora de los triunfos nacionales en las épocas de pujanza, y recuerdo consolador de las glorias antiguas para las sociedades decrepitas. Ni aun los preceptistas mas

rígidos han pretendido llevar hasta ese punto sus exigencias. El erudito *Hermosilla*, á quien es deudora España de una excelente obra sobre los principios del arte de hablar, conociendo sin duda que la verdad absoluta no podia exigirse en la poesía, dijo que solo era necesaria la relativa; mas al explicar esta palabra abre un ancho campo á nuevas dificultades, y hace tan imposible la poesía como exigiendo que los pensamientos sean verdaderos de una manera absoluta. Define la verdad relativa de los pensamientos «su conformidad con las cosas cuales deben ó debieron ser, admitidas las suposiciones que es permitido hacer en ciertos casos.» Con esta definicion quiere dar á entender, segun se colige de la censura de ciertos pasajes de escritores célebres, que es permitido suponer la existencia de seres ó sucesos que no existen, siempre que puedan existir, pero que no es lícito darles cualidades que no puedan tener naturalmente. Si esta regla hubiera de observarse con rigidez, repetimos que la poesía seria imposible, fuera solo una aberracion del espíritu, y los hombres de númen deberian colocarse entre los desgraciados que tienen su inteligencia perdida. La imaginacion no se contenta con copiar servilmente la naturaleza, da vida á seres posibles que no la tienen, y traspasando los límites del mundo real crea entidades que no tienen mas que una existencia fantástica. Por la regla de *Hermosilla* toda personificacion seria vituperable, porque es imposible que las cosas sean personas.

La codicia en las manos de la suerte

Se arroja al mar, la ira á las espadas,

Y la ambicion se rie de la muerte.

Este brillante pasaje de *Rioja* seria una extravagancia, porque ni la codicia, ni la ira, ni la ambicion son ni pueden ser personas; sin embargo es justamente tenido por uno de los mejores de nuestra poesía, y aun el mismo

Hermosilla le elogia en otra parte de su obra. Es, pues, insostenible que la verdad relativa, tal cual este escritor la entiende, sea necesaria en las obras poéticas.

Otros escritores exigen que en todos los pensamientos poéticos haya verdad; pero no la verdad del mundo que nos rodea, sino la única posible en las encumbradas regiones á que se eleva el poeta. La imaginación en sus momentos de entusiasmo y de arrebató no se encierra dentro de los límites de la realidad, crea un mundo enteramente suyo, á donde alza con una pujanza irresistible á los que son capaces de comprender su vuelo. En ese mundo no solo hay suposiciones de seres posibles para la ciencia, sino también de los que no pueden tener realidad mas que en la fantasía. La imaginación convierte la tierra en un ser humano y la hace que se postre humildemente ante un guerrero. Rioja dice:

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pío felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra,
Que ve del Sol la cuna y la que baña
El mar también vencido gaditano.

En estos hermosísimos versos que tan aplaudidos son hasta de los mas severos críticos, la tierra es capaz de enmudecer, de postrarse y de ver la cuna del Sol. Si por esa razón hubiéramos de censurar este pasaje, ¿qué diríamos de las hermosas galas de Calderón, de la sublime osadía de Espronceda y de la tierna idealidad de La Martine? Los países que la imaginación recorre en su encumbramiento, no son los que hollamos con nuestros inmundos pies. Sin embargo, en este modo de decir hay verdad, porque la fantasía pinta como ve, y si hay exageración en sus pinceladas es porque la hay también en la brillante perspectiva que ante ella se despliega. Tasso dice:

La vita no, ma la virtu sustenta
Quel cadávere indómito é feroce.
La vida no, mas el valor sustenta
Aquel feroz é indómito cadáver.

En el mundo real los cadáveres no son indómitos ni feroces, ni el valor es capaz de sostenerlos; yo sin embargo sostendré con Muratori que este pensamiento es bueno considerado poéticamente, y que es severa en demasía la crítica que de él hace Hermosilla. Decídome á sostener esa opinión, el que no solo á mí sino á muchos afectan agradablemente esos versos, y aunque mi entendimiento no los comprenda, mi imaginación concibe que el valor

es capaz de sostener un cadáver; porque es preciso no examinar aislados estos versos del poeta italiano, es necesario leerlos cuando la fantasía se halla exaltada con la lectura de las hazañas del héroe que ha muerto, y no despojarse al analizarlos de los ojos de la imaginación y del corazón para medirlos solo con el compás del geómetra. Si la crítica hubiera de llevarse hasta este extremo, los mejores poetas de España serían Luzán, Iriarte y Hermosilla, es decir, los que la pública opinión designa como los sabios mas destituidos de entusiasmo y de núnen.

Nosotros convenimos en que es preciso admitir esta verdad ideal para explicar los pensamientos que embellecen la poesía y de que esta so pena de desaparecer no puede despojarse. No es empero bastante para explicarlos todos, porque hay algunos que carecen de verdad absoluta, y en los que la ideal es insuportable y no merecen sin embargo que una crítica juiciosa los destierre de las obras de ingenio. Para que la verdad ideal sea admisible es indispensable suponer á la fantasía en un grado de exaltación que la haga ver las cosas diferentes de como pasan en la vida, y hay ciertas situaciones que no son de agitación ni de entusiasmo para el poeta, y en las que no obstante permite el buen gusto pensamientos que carecen de verdad absoluta. Los hombres sentimos poderosamente el incentivo de la novedad, y por eso nos dejamos llevar de un modo irresistible hácia la exageración en los pensamientos, que es mas varia y menos árida que la pintura fiel de la naturaleza. Por eso dice Céspedes, sin traspasar la línea del buen gusto, dirigiéndose al Criador:

Al ufano pavon alas y falda
De oro bordaste.

Las alas del pavon no están bordadas de oro, aunque tengan un color que se le asemeje; sin embargo, este pensamiento es lindísimo, y no hallamos motivos para censurarle. Por eso para explicar este y otros muchos que se encuentran esparcidos con abundancia en las obras de los buenos poetas, es indispensable apelar á una verdad convencional distinta de la real y de la ideal. Hay pensamientos que sin duda son falsos, pero cuya exageración rebaja fácilmente el que los escucha, comprendiendo desde luego su verdad absoluta, y complaciéndose á la vez en seguir á la fantasía en sus reminiscencias y combinaciones. Llamamos convencional esta verdad porque convenimos en tener por verdadera la expresión falsa de un pensamiento cierto

Hay además en poesía falsedades evidentes, que no pueden censurarse cuando son oportunas. Hermosilla mismo está conforme en que son admisibles en el lenguaje burlesco pensamientos cuya gracia consiste en su falsedad. Hé aquí cómo ni aun según él es siempre cierto lo que dice Boileau: *rien n'est beau que le vrai*, no hay belleza sin verdad. Es muy extraño sin embargo que admitido una vez el principio, la inflexibilidad de la lógica no le arrastrase á sus naturales y rigurosas consecuencias. En los escritos burlescos, dice, el chiste de una ocurrencia consiste á veces en su misma falsedad, cuando se ve que su invención es hija del ingenio, no de la ignorancia. No podemos explicar cómo justificada la falsedad por ser ingeniosa en las composiciones que tienen por objeto excitar la risa, no se la ha de reputar igualmente justificable en el estilo severo cuando revele talento y sea oportuna. Siempre que conduzca al fin que el escritor se propone, siempre que excite pasiones generosas ó afecte agradablemente el corazón, no encontramos motivo para llevar nuestra severidad hasta el punto de condenar lo grato y lo útil por no estar ajustado á las reglas de una crítica inflexible. Reputamos una perniciosa locura el insensato afán de limitar el círculo de los placeres legítimos, como si á cada paso no encontráramos hartas espinas que hacen angustioso y difícil el camino de la vida. Así como nuestra imaginación cuando no se encuentra adormecida por el espíritu de sistema, goza con la narración de hechos falsos que la sorprenden ó la halagan, así también se siente arrastrada invenciblemente en pos de combinaciones nuevas, aunque encierren una idea que carezca de verdad. Y si esto acontece á las personas que cultivan su inteligencia, ¿qué sucederá al vulgo que se entusiasma con lo más maravilloso é inverosímil, con lo que más halaga sus preocupaciones y con lo que más distante se encuentra de la severidad científica? Y no hay que olvidar que la poesía es de todos los pueblos, de de todas las clases y de todas las edades, que su primer objeto es la excitación de los placeres legítimos y que la novedad es una de las fuentes más fecundas de las delicias del alma. Por eso no podemos concebir cómo Hermosilla ha dicho que Cervantes pagó un tributo al mal gusto que se iba introduciendo en su tiempo cuando en el Quijote hace decir á Cardenio: *y en entrando por estas asperezas (las de Sierra Morena) del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta; ó lo que yo más creo, por*

desechar tan inútil carga como en mí llevaba. Este último pensamiento que es sin duda falso, es espontáneo, natural y á cada instante brota de los labios de los que se encuentran en circunstancias análogas. Excita una sensación agradable en el alma y no perjudica al intento de Cardenio. Vuelvo á repetir que somos ingeniosos en demasía para atormentarnos, y consentimos en apagar el entusiasmo de la fantasía y cegar una fuente fecunda de placeres, antes que desconocer las consecuencias de un principio á quien hacemos mentor de nuestro entendimiento.

No se crea que somos partidarios de la anarquía en las regiones del ingenio y que estamos enemistados con las reglas. No: queremos reglas, porque todo está sometido á leyes en la naturaleza; pero las queremos juiciosas y consecuentes, no arbitrarias y que corten las alas á la fantasía y ahoguen el entusiasmo del corazón. En la cuestión presente no creemos que tiene el poeta ilimitada licencia para faltar á la verdad cuando se le antoje, y reprobamos enérgicamente los dislates de Góngora y de Balbuena. Creemos que la verdad ideal es solo admisible cuando la exaltación del ánimo la exija, y que el buen gusto la tiene por una falsedad reprehensible, cuando no sea un producto fiel de las circunstancias. La verdad convencional tiene también sus límites, y siempre será condenable el empeño del que pretenda dar á los pensamientos una expresión falsa que no pueda comprenderse fácil y rápidamente, y no brille por alguna prenda relevante de estilo que la justifique. Últimamente creemos que no son justificables los pensamientos que carecen de verdad absoluta, ideal y convencional, cuando no son útiles al fin que se propone el escritor y no revelan ingenio y buen gusto. El ingenio es un don de la Providencia que no dan ni el estudio ni los años; lozano en la primavera de la vida, adquiere robustez y aplomo en la edad viril y se esteriliza y se pierde en la senectud; pero no nace con el trascurso del tiempo, cuando el Criador no se ha dignado enriquecernos con sus fecundos y hermosos tesoros. El buen gusto es ese tacto fino que tienen algunos hombres para distinguir las bellezas de buena ley de las galas aparentes, se desenvuelve con la educación y se perfecciona y madura con la cultura y con el tiempo. El gusto es vario según las edades, se transforma con los siglos y siente el influjo de la religión y de la política. Una mala dirección le vicia, si es encarrilado por una senda torcida se precipita de descarrío en descarrío y se hace es-

travagante y ridículo, si está aprisionado dentro de estrechos límites, los vuelos de la imaginación le fatigan y los arrebatos del entusiasmo son para él delirios y exageraciones. El gusto es sin embargo el principal legislador en estas materias, su poderío es omnímodo y absoluto y la pública opinión no reconoce tribunal de alzada para su fallo. Por eso es interesante que los que deben dirigir la juventud cuiden de darle la tendencia debida, de contenerle en sus raptos de frenesí y de prestarle alas si fuese encogido y cobarde. El talento y la prudencia deben ser sus ayos, y si oye sus consejos, no vacilaremos en dejarnos arrastrar por su impetuosa y arrolladora pujanza. — *Santiago Diego Madrazo.*

LA RELIGION Y LA POLITICA.

La orgullosa filosofía del siglo XVIII consideró la religion como un sueño de imaginaciones enfermas y en su sistema de destruirlo todo para reorganizar de nuevo las sociedades creyó posible la existencia de un pueblo sin el reconocimiento de la divinidad. Los sucesos sumergieron sus doctrinas en un lago de sangre, y cuando se ha visto á países enteros sin fe en la virtud, á merced de bastardas ambiciones y próximos á derrumbarse en un abismo sin fondo, la filosofía ha retrocedido espantada de su propia obra, y ha llamado en su auxilio á la religion para gobernar á los hombres. La política ha reconocido su impotencia para luchar abandonada á sus propios recursos con los recios huracanes que la combaten, y demanda la ayuda de una fuerza omnipotente que penetrando en el secreto de las conciencias siga al pensamiento en sus concepciones y al corazón en sus deseos. La política ha mandado á la administración que recoja todos los medios de influencia que obran sobre el espíritu humano y se ha apoderado de la religion como del mas poderoso instrumento para dar seguridad y ventura á los pueblos. De este modo han considerado la religion los doctrinarios franceses que rigen en la actualidad las riendas del estado vecino, y este es el sistema que ha sucedido al desorganizador é impotente materialismo.

Este sistema, aunque sea un respiro para las conciencias oprimidas, es sin embargo mezquino y revela una incredulidad desconsoladora por entre el velo de una hipocresía mal encubierta. La religion no es un medio de la polí-

tica; es uno de sus mas altos é importantes fines. Los gobiernos han recibido de la Providencia la misión sublime de procurar el desenvolvimiento del linaje humano en todas las esferas de su actividad. No tienen su poder para dejarse llevar por la ola del tiempo en una vida de espectación y de inercia, sino para recoger todas sus fuerzas, multiplicarlas si es posible, y dirigirlas á la mejora y perfección comun. Encarrilada la sociedad actual por un sendero extraviado, lo subordina todo á los intereses industriales, y si su ilustrada medida no la permite erigir templos ni altares á la moneda, ella es sin embargo la divinidad á quien rinde adoraciones en su corazón. Empero aunque el hombre se empeñe en falsear su naturaleza, mas que ser físico es inteligente y moral, y si ha de llenar su destino sobre la tierra, tiene que cumplir con el deber sagrado de dar perfección al sentimiento de moralidad que nos empuja hácia el bien. La moralidad ilustrada sin religion es tan imposible como un círculo sin centro; por eso el hombre que ha nacido para ser moral, ha nacido tambien para ser religioso, y los gobiernos que estan obligados á procurar el desarrollo del género humano en todas las esferas de su acción, tienen tambien el estrechísimo deber de desenvolver el germen de virtud que hay en nuestra alma y de fortificarla con las esperanzas y consuelos de la religion. Por eso no puede ser esta un medio de la política; desechamos ese sistema como falso y como una escandalosa burla hecha á la conciencia del vulgo. No se necesita engañar á los pueblos para gobernarlos; la verdad es un rico tesoro que la política debe explotar con constancia; empero la religion no es enemiga de la verdad, porque ya ha demostrado la historia que ni teme los tiros de la lógica ni el torrente impetuoso de la elocuencia. — *Santiago Diego Madrazo.*

DE LA SOCIABILIDAD DEL HOMBRE.

Cuando se examinan atentamente la constitución del hombre y sus cualidades físicas y morales, se advierte al instante que ha sido creado para vivir en sociedad. Fuera del estado social es el mas débil de los animales, porque no nace armado como los que la naturaleza destina á vivir errantes y vagabundos, y porque no puede preservarse de los ataques mas

que por su inteligencia; pero esta facultad le da el imperio sobre todos los seres creados, cuando está cultivada por las relaciones que tiene con sus semejantes: luego quitándole la sociabilidad, le arrancamos visiblemente su cetro.

Por otra parte si el hombre no hubiera nacido para vivir en sociedad, ¿á qué fin le habría concedido la naturaleza el maravilloso don de la palabra, la facultad no menos preciosa de juntar y comparar ideas entre sí, de cuya fuente nace la perfectibilidad casi indefinida de su espíritu; la conciencia ó sentimiento del deber, un tacto tan delicado, una destreza tan admirable y un genio capaz de los descubrimientos mas sublimes? El estado social es su verdadero estado natural, y es el único en que puede poner en juego sus facultades, y gozar de todas las ventajas que le procura la civilización.

Un filósofo cuyos escritos, á pesar de los numerosos errores que contienen, ha hecho grandísimos servicios á la humanidad, á quien intenciones laudables y puras deben hacer perdonar muchas opiniones paradójales, J. J. Rousseau, á quien un escritor llama *el roman-cero del estado salvaje*, lejos de considerar la sociabilidad como una ley natural, ha llamado estado de naturaleza al aislamiento completo del hombre, y ha sostenido su opinion con todos los recursos de su espíritu.

Una constitucion enfermiza, una grave incomodidad que le affligió por toda su vida, habia dispuesto su ánimo á la misantropía. Agravios verdaderos ó supuestos de algunos escritores contemporáneos le habian apartado totalmente del mundo; y tomó con demasiada facilidad por una ley de la naturaleza lo que no fue mas que un cálculo filosófico, ó un resultado del capricho ó de la necesidad de singularizarse.

Esta opinion falsa de J. J. Rousseau ha sido combatida por los hombres mas distinguidos: «error es, dice J. B. Say, representar como hombre de la naturaleza al que no supo sacar partido de su inteligencia: este don forma parte de la naturaleza humana mejor que la forma un brazo robusto; y el hombre que trepa sobre un árbol, sin haber sabido construirse una escala, ha desenvuelto sus miembros á espensas de su espíritu, es decir una facultad grosera, que le es comun con los brutos, á espensas de una facultad elevada é inmensa en sus resultados, que le pertenece á él solo, y que le coloca a la cabeza de la creación.»

En apoyo de la opinion defendida por Rousseau, se ha citado el ejemplo de algunos hombres hallados en los bosques de Europa, que vivian exactamente como animales en estado de libertad; pero los fisiólogos y médicos observadores han reconocido que estos pretendidos salvajes eran verdaderos idiotas, que casi todos se hallaban atacados de hydrocefalo, y cuya constitucion era escrofulosa, ó participaba de defectos.

El salvaje del Aveyron que estuvo depositado en la institucion de Sordo-Mudos confirma estas observaciones: «es, dicen MM. Gall y Spurzheim, imbécil en alto grado, su frente carece de anchura á los lados, y está deprimida por arriba, tiene los ojos pequeños y hundidos, y su cerebelo tiene escasísimo desarrollo..... No hemos podido convencernos de que tenga oído, porque no hemos conseguido despertar su atencion ni llamándole, ni sonando un vaso detras de sus orejas.»

Los hombres se han reunido en sociedad en todos los tiempos y en todos los lugares: es preciso concluir, pues, que han sido llamados por el Criador para vivir en el estado social. Siempre que un efecto es constante, hay que suponer necesariamente que una causa poderosa y constante le produce. Si los hombres no estuviesen llamados á vivir en sociedad por el querer del Ser supremo, ¿se cree acaso que el raciocinio solo hubiera podido determinarlos á todos sin escepcion á reunirse en sociedad? No son por cierto los raciocinios los que han hecho vivir en sociedad á las abejas, hormigas y á muchas especies de aves, peces y cuadrupedos: han obedecido á la naturaleza dirigidos por un instinto particular.

La sociabilidad es pues una ley imperiosa de nuestra naturaleza: el hombre aislado es débil y tímido, y sus facultades se desplazan únicamente cuando reunido á sus semejantes se apodera de la naturaleza, la somete á sus necesidades y la acomoda á sus goces: no es para él la sociedad una simple inclinacion, porque la órden de la naturaleza no se promulga de un modo equívoco: es una necesidad á la cual no puede sustraerse sin convertirse en el mas miserable de los seres. Esta ley de la naturaleza es fecunda en resultados importantes, y de tan precioso venero fluyen todas las instituciones sociales. — *Manuel Hermenegildo Dávila.*



EMBAJADA

sobre la marcha y revoluciones de la filosofía en Roma, por Benjamin Constant.

Poco interés tomaron durante muchos siglos los romanos por la filosofía que apenas conocían de nombre. Ocupados primero en defenderse y luego en consolidar su poder, la sabiduría que la experiencia les suministraba, era enteramente práctica, habiendo logrado un admirable buen sentido en la escuela de las dificultades de su situación exterior y del disfrute de una libertad política siempre agitada, pero que merced á sus mismas agitaciones fortificaba y engrandecía las almas. No ha faltado quien atribuya algun influjo en las instituciones de Numa á la filosofía pitagórica, y se ha podido justificar tanto mas fácilmente esta sospecha, cuanto que es muy probable el que Pitágoras fundiese en su filosofía muchos fragmentos de doctrinas sacerdotales no desconocidas por Numa; pero aqui termina todo lo que hay comun entre el filósofo griego y el segundo rey de Roma. Aun llegada la época en que los romanos se relacionaron con los griegos de Italia y de Sicilia, todavía no hallaban mas que superficialidad, molición, y corrupción en esos pueblos que á ellos en cambio los apellidan bárbaros.

Al concluir la primera guerra púnica fue cuando los romanos empezaron á conocer la literatura dramática de la Grecia. Las tragedias griegas que tradujo Livio Andrónico, el mismo que versificó en latin la Odysea, substituyeron á los versos fescenios, y á los juegos escénicos de los etruscos. Ennio, llevado á Roma por Catón el viejo, ambicionando mas lauros que los que con semejantes imitaciones alcanzaba, se arrojó á traducir la historia sagrada de Evhemero: y esta obra que en otro pueblo hubiera sido un paso muy avanzado en el camino filosófico, no se ofreció á los romanos mas que como un objeto de frívola curiosidad. Recelábanse menos que los atenienses, advertidos por la experiencia, de cuánto influye en la religion la filosofía. Lo mismo pasó con la esposición del sistema de Epicuro por Lucrecio; obras las dos arrojadas sobre una tierra no preparada para recibirlas.

Bien pronto las conquistas de los romanos les abrieron un medio mas espedito de comunicacion con la Grecia. Lleváronse á Roma es-

clavos griegos, entre los que habia algunos retóricos gramáticos, y pusieron en sus manos la educacion de los jóvenes: costumbre generalizada en breve á despecho de la censura de algunos austeros romanos entre los que es curioso saber que se contaba el abuelo de Cicerón. Pero como aquellos enseñaban la elocuencia, de tan alto precio en los países libres, los temores y sospechas se desvanecieron ante el inmediato provecho que de sus lecciones podían sacar los educandos. De tal suerte habia empezado la filosofía á insinuarse en Roma, cuando llegó la famosa embajada de los tres filósofos entre los que descollaba Carneades. Los tres legados que podían decirse representantes de la filosofía griega eran Carneades el académico, el peripatético Critolaius, y Diógenes el estóico.

Ansiosos de brillar, y envanecidos por el efecto que producian sobre un pueblo poco avezado á tan sutiles investigaciones, desplegaron aquellos filósofos toda la profundidad ó toda la destreza de su dialéctica ante los jóvenes romanos, entusiasmados de ver aquel desconocido uso de la palabra, porque los hombres sencillos no tienen idea de su prodigiosa flexibilidad.

Esta súbita conmoción alarmó al gobierno, y los viejos senadores se valieron de toda la autoridad de las costumbres para rechazar especulaciones que declaraban por un lado peligrosas, y por otro despreciaban como vanas. Publio Craso decia que el libro de las doce tablas superaba á todos los escritos de los griegos: y Catón logró de una asamblea movida por rudas y agrestes razones que se alejasen de la juventud romana aquellos pérfidos retóricos empleados en destruir las mas reverenciadas tradiciones y arruinar todos los principios de moral. Sacaba Catón plausibles argumentos de los sofismas de Carneades, que complaciéndose con el miserable talento de atacar ó defender indiferentemente las opiniones mas opuestas, hablaba al público ya en pro ya en contra de la justicia. ¡Tan desfavorable era al principio la apariencia de la filosofía! ¡No sabia Catón que la juzgaba mal al juzgarla por el ejemplo de un sofista, y que un siglo despues la misma filosofía que trataba de proscribir, mejor conocida y desentrañada, seria el único refugio de su nieto contra las traiciones del destino y la insolente clemencia de Cesar! Emoción sin embargo causa contemplar aquellos venerables ancianos que oponían al torrente desbastador á su juicio de la patria, sus blancos cabellos y su espe-

riencia antigua, que evocaban los manes de sus mayores para repeler doctrinas amenazadoras, que levantaban al cielo sus brazos fatigados de victorias, y con voz débil pero profética llamaban en su apoyo los recuerdos de seiscientos años de glorias y libertad. Preciso es no obstante conocer que escogia muy malos medios el senado para poner un dique á los progresos de la filosofía y aun de los sofismas de la Grecia.

Todo lo que es peligroso contiene en sí un principio falso, disfrazado tal vez con artificio, pero que no es imposible descubrir: afirmar lo contrario equivaldria á acusar á la divinidad, porque habria tendido un lazo á la inteligencia humana si hubiese envuelto el mal en el conocimiento de la verdad. Luego demostrar la falsedad de las opiniones peligrosas es lo que debe procurarse, en lugar de proscribir un exámen que no por eso deja de verificarse, pero que se hace imperfectamente, con turbacion, pasiones, resentimiento y violencia.

¿Tan difícil era contestar al sofista de Atenas? ¿Tan difícil era probar que sus discursos contra la justicia eran un tejido de miserables argucias? ¿Tan temeraria era la empresa de apelar en el corazon de la juventud romana á los indelebles sentimientos escritos en el de todos los hombres, sublevar en aquellas almas nuevas los elementos primitivos de nuestra naturaleza, y dirigir su indignacion contra una teoría toda cifrada en equívocos, que el mas sencillo análisis cubriria de ridículo y desprecio?

Causará por ventura compasion un gobierno que se fie á la razon en vez de emplear las prohibiciones y las amenazas. Los edictos y los soldados parecen medios mucho mas cómodos y seguros, que reunen todas las condiciones necesarias, facilidad, brevedad, y dignidad. Solo adolecen de una falta y es la de no lograr su objeto: probólo á su costa el senado de Roma. No fue por falta de autoridad por lo que sucumbió en sus esfuerzos contra la filosofía griega: en vano trataron de sostenerla Lelio y Scipion; Caton pudo aplaudirse del pasajero triunfo que obtenia, y los diputados de Atenas fueron precipitadamente despachados. Durante un siglo, edictos severos frecuentemente renovados lucharon contra toda doctrina extranjera: ¡afán inútil! el empuje estaba dado y no habia ya fuerzas que lo contuvieran. Los jóvenes romanos conservaron en su memoria los discursos de los sofistas tanto mas, cuanto que veian injustamente tratados estos órganos

de la nueva ciencia; y no miraron la dialéctica de Carneades como un sistema sujeto á exámen, sino como un bien que debia defenderse. No fue ya el estudio de la filosofía griega un negocio de opinion, sino un triunfo sobre la autoridad, cosa que suena mucho mejor en esa época de la vida en que goza el alma de todas sus fuerzas de resistencia. Los hombres ilustrados de edad madura, en la alternativa de abandonar toda investigacion filosófica ó desobedecer al gobierno, abrazaron este último extremo impelidos por su aficion á las letras; passion que una vez nacida, crece diariamente porque tiene en sí misma sus placeres. Unos siguieron la filosofía en su destierro de Atenas, otros enviaron á ella sus hijos: y en fin cuando volvió la proscrita filosofía, alcanzó mayor influjo por lo mismo que venia de mas lejos y habia costado mas trabajo adquirirla. Los generales mismos, que por su educacion belicosa y vida activa parecieran preservados del contagio de las luces, se entregaron á él apasionadamente; porque tiene de particular el oficio de las armas que da mucho precio á la opinion, y una vez contraido este hábito se dirige hasta objetos estraños á la milicia. Por eso se ve frecuentemente á hombres educados en las armas imitar con ardor las modas, y afectar maneras dulces y ocupaciones elegantes cuando el mundo es así dulce y amanerado. Así el feroz Mummio, viendo que en Roma se apreciaban las estatuas, creyó de su deber enviar las halladas en Corinto, exigiendo de los navegantes que repusieran las que se estropeasen ó perdiesen. Así tambien los mas famosos capitanes se hicieron acompañar en sus expediciones por filósofos que luego condujeron á Roma. Antioeo el académico fue el compañero de Luculo; y el mismo Caton el antiguo cedió al universal ejemplo, y oyó durante la segunda guerra púnica las lecciones del pitagórico Nearco en Tarento. Sylla hizo trasportar la biblioteca de Appelicon de Theos, que Andrónico de Rodas tuvo el cargo de ordenar. Caton de Utica, tribuno militar en Macedonia, hizo un viaje al Asia solo con la esperanza de reducir al estóico Atenodoro que abandonase su retiro y fuese á distraerle del fastidio y tumulto de los campos. Ciceron por último, en su activa y gloriosa carrera, no cesó de consagrar á la filosofía todos los momentos que pudo robar á sus deberes de orador, de soldado y de ciudadano. Amigo íntimo desde la infancia de Dioceto, discípulo despues de Posidonio, y protector de Cratipo, gustábale repetir que mas

debía sus talentos y elocuencia á la filosofía, que á la retórica propiamente dicha.

Los espíritus sin embargo que con tal entusiasmo se entregaban á la filosofía no estaban en lo general preparados por anteriores estudios para esas especulaciones abstractas; así fue que la filosofía penetró en la cabeza de aquellos nuevos discípulos en masa por decirlo así; y sin identificarse con el resto de sus opiniones. Su influencia fue á la vez mas fuerte y menos continua que en Grecia: mas fuerte en las importantes circunstancias en que el hombre, lanzado fuera de la rutina y de los hábitos, busca apoyos, motivos ó consuelos extraordinarios; menos continua porque cuando nada turbaba el orden acostumbrado, era la filosofía para los romanos una ciencia que habian aprendido, mas bien que una regla de conducta aplicable á todos los momentos de la vida social. Ningun individuo vemos en Roma únicamente empleado en las especulaciones filosóficas como los principales sabios de Grecia; pero tampoco vemos que los griegos hayan sabido sacar de la filosofía recursos tan poderosos, como los ilustres ciudadanos de Roma en medio de los campos, de las guerras civiles, de las proscripciones y en la hora de la muerte. No quiere decir esto que muchos filósofos griegos no soportasen las persecuciones con grande fortaleza, pero era esta una parte de los deberes de su profesion, una forzosa consecuencia de su carrera; mientras que los romanos que para pelear y morir se apoyaron en la filosofía eran guerreros, magistrados, senadores ó conjurados. (Se continuará.)

POESÍA.

I.

Es bella la fresca tinta
Con que risueña la aurora
Los montes y valles dora,
Las yerbas y flores pinta.
Bella es la luz de la Luna
Cuando triste y silenciosa
Cruza el cielo presurosa
Pura y suave cual ninguna.
Bellos matices el Sol
Al mundo activo regala,
Ufanos lucen su gala
El clavel y el girasol.
Pero hay otra luz mas bella,
Que mas primor atesora,
Con ella es triste la aurora,
Opaca la ardiente estrella.
Luz que engendra una pasión,
Que al mundo entero domina,
Que nunca impune examina

Acerado corazon.

Luz que brindando al placer
Dios otorgó á los humanos
Cuando formó por sus manos
Los ojos de la muger.

II.

Del hombre endulza las penas,
Y de su pecho sosiega
Los dolores.
De rosas le da cadenas,
Y su pura boca riega
Los amores.

Mírase el hombre acuitado
De agudas penas cercado
Sin contento;
La dicha que le dió el cielo
Va como arena del suelo
Por el viento.

Pasiones que se embravecen
Y arrebatan el sosiego
De su pecho,
Pesar y llanto le ofrecen,
Y en vano eleva su ruego
Con despecho.

Que el cielo olvidó su llanto
Y le dejó en el quebranto
Sumergido;
¡Infeliz! cruza del mundo
El torbellino profundo
Desvalido.

Entonces pura ilusion
Viene á calmar sus enojos
Y padecer,
Que serenó su allicion
Al mirar los blandos ojos
De una muger.

III.

Perdido en mar proceloso
Lejana la incierta orilla
Oscuro el cielo y medroso,
Boga insegura la quilla
Sobre el piélago espumoso.

Asustado el marinero
Registra el nocturno velo
Y hallar pretende en el cielo
Un vislumbre pasajero,
Una estrella de consuelo.

Y en este golfo profundo,
Do rebosa el padecer,
Donde es amargo el placer,
En este abismoso mundo,
Es la estrella una muger.

Que no encontrara el Señor
Para calmar tu quebranto
Otro bálsamo mejor,
Ni para enjugar tu llanto,
Que el aroma del amor.

¿Qué importan, mundo, tus flores
Qué tu festiva armonía,
Los trinos de ruisenores,
De tu Sol la bizarría,
De tu aurora los albores,

Bien puedes luego anublar
Tanta hermosura y poder,
Si te dejan de animar
Con su luciente mirar
Los ojos de la muger.—G. S.